

Sergio García
Zamora

Los gallos y las almas

«Por y para mi padre, gallero»

Creíase en el Medioevo que el cantío del gallo espantaba al demonio. Ese signo de poder, comparable al poder del Cristo de los evangelios, a la gracia heredada de los apóstoles, o a ciertos milagros de los santos de la madre Iglesia, me ha hecho pensar en la misteriosa y poética figura de dicho animal, es decir, su vínculo y penetración en el imaginario de los hombres.

Ya casi nadie recuerda, realmente no recordamos demasiadas cosas, que esta isla fue alguna vez conocida como la isla de los gallos. Sin embargo, ahora mismo se podrían explicar ciertos rasgos de nuestra sociedad a partir de los fraseologismos imantados por la figura del gallo: el machismo (*¿Tú eres hombre o gallina?*) y la homofobia (*Yo no como gallo*).

En el primer caso resulta evidente que *gallina* alude al género femenino; implícitamente se nos dice que toda mujer es temerosa (el miedo: *me pone la piel de gallina*). Existe además un reclamo de los valores del macho: viril y valiente, cuya naturaleza al parecer deviene contraria a la naturaleza del sexo opuesto.

El segundo ejemplo posee un marcado carácter peyorativo con respecto a las relaciones sexuales mantenidas entre individuos del sexo masculino. El hombre, como el gallo, debe ser heterosexual y polígamo. Por otra parte, el *no como*, es decir, el *comer* como equivalencia de coito, me recuerda aquel pasaje de

Paradiso, donde Lezama narra el encuentro carnal entre Farraluque y la española: la penetración anal descrita por un genuino estilista de la lengua, maestro que puede llegar a ser sacrílego si pensamos en el intertexto bíblico de la vara de Aarón convertida en serpiente que engulle a las serpientes de los magos del Faraón.¹

«Ese encuentro amoroso recordaba la incorporación de una serpiente muerta por la vencedora silbante. Anillo tras anillo, la otra extensa teoría flácida iba penetrando en el cuerpo de la serpiente vencedora, en aquellos monstruosos organismos que aún recordaban la indistinción de los comienzos del terciario, donde la digestión y la reproducción formaban una sola función».²

¿Será por *azar concurrente* que nuestro hablante de *Yo no como gallo*, asuma por igual esto último?

Pero ahí no acaba el esbozo de nuestra vida. Como la noche misma que rodea al gallo, algunos demonios acechan la mente y el alma. Demonio sutil el triunfalismo que el hombre exalta y premia en los gallos de la lidia, al extremo de que solo el animal vencedor de un considerable número de peleas, tiene derecho a la reproducción. Los gallos perdedores deben morir sin propagar la epidemia de la derrota. Algo que luce natural, pero que en realidad es abominable. No encontramos, como en la naturaleza, al animal que lucha por su hembra, llamado por el instinto a perpetuar la especie, sino al afán del hombre que busca preservar una supuesta estirpe de ganadores. Si queremos saber cuán valiente y fuerte es el gallo que va a pelear, el gallero nos dice a cuántos rivales les ganó su gallo padre. En ese sentido significa tanto como el *areté* para los griegos.

Sin ahondar más en lo oscuro, solo quiero advertir ciertas confusiones que vive el alma, ciertas interpretaciones como aquella realizada por un ciudadano cuando en plena campaña preguntó

¹ En Éxodo 7, 10-12 puede leerse: «Vinieron, pues, Moisés y Aarón a Faraón, e hicieron como Jehová lo había mandado. Y echó Aarón su vara delante de Faraón y de sus siervos, y se hizo serpiente. Entonces llamo también Faraón sabios y hechiceros, e hicieron también lo mismo los hechiceros de Egipto con sus encantamientos; pues echó cada uno su vara, las cuales se volvieron serpientes; mas la vara de Aarón devoró las varas de ellos.»

² José Lezama Lima: *Paradiso*, p. 188, Editorial Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2000.



dónde quedaba el río. *Al cantío de un gallo*, respondió el guajiro, y el muchacho recorrió varios kilómetros sin ver la serpiente de agua, a punto de desfallecer bajo el sol. Choteo afirmarán muchos, convencidos de reconocer el alma cubana, pero yo no atisbo en el campesino una páfida intención ni deseo alguno de embromar. En el silencio de la madrugada en Cuba, el cantío del gallo viaja distancias increíbles entre las aisladas casas. Esa es la verdad del hombre de campo, su percepción. No mintió al joven de ciudad, sitio donde extrañamente todos los gallos se oyen demasiado cerca.

Ahora bien, si hasta el momento me han interesado algunos aspectos sociolingüísticos cuyo centro es la figura del gallo, puesto que el hablante puede enunciar desde un hecho o cuestión sin importancia (*Eso es un kíkiri*), hasta el agravamiento de determinado asunto (*¡Cómo se le está poniendo el ojo al gallo!*), debo confesar que solo me apasiona cuando esto se convierte en una metáfora, en un mecanismo de creación poética, en pura materia esplendente para el poeta.

En primer lugar, pensemos en algunos mitos actuales que dotan a los gallos de la lidia. ¿Cuántas veces al dar algo como muy seguro, algo que inexorablemente se cumple, decimos: *Juégatelo al canelo*? Dicho imperativo parte de la fe incuestionable en que el gallo de color canelo vence siempre a su oponente. Para mí resulta sumamente poético, mágico y misterioso que un hombre crea que el solo color del animal ejerce tal poder. Pero mayor asombro es descubrir que al enfrentarse dos canelos, el mito dicta que gane el de color más atenuado.

Otro mito estupendo es el de la influencia de la luna. Ah!, la luna que tanto aman los poetas y que enloquece el alma de los mares. Pues sepan que en luna nueva los galleros no pelean sus gallos giros u otros de plumas blancas. Argumentan que se vuelven débiles para la lidia. Según ellos, la luna ejerce sobre el animal con dicho plumaje una nefasta influencia que lo lleva a perder.

Pero ningún mito como aquel de la pelea concertada. Si una pelea ha sido concertada entre dos gallos y por algún motivo no se puede llevar a cabo, se debe esperar. Si uno de ellos se echa a pelear con otro y gana, entonces su antiguo oponente también ganará en la pelea que realice con otro. O podría suceder que perdiesen. Los dos gallos, pues, tenían la misma suerte, y el des-



tino con su lógica implacable no podía dejar que pelearan entre sí, dado que estaba predeterminado que ambos gallos ganasen o perdiesen. Ese destino manifiesto nada tiene que envidiarle a la revelación que los hados hicieron a Edipo.

No diré más ahora que ha llegado el alba. Como el poeta, debo seguir bogando entre los hombres:

La isla de las revelaciones queda lejos.
Allí, en silencio,
mis gallos hablan con sus almas.³

³ Carlos Galindo Lena: «Secretos de la luz», en *Aún nos queda la noche*, p. 6, Editorial Capiro, Santa Clara, 2001.